

Mis recuerdos de Mario Honrubia

Rosa María Ros

Departamento de Biología Vegetal, Universidad de Murcia

rmros@um.es

Conocí a Mario Honrubia de estudiante, cuando realizaba el segundo curso de la licenciatura en Ciencias Biológicas. Aquel año llegó Javier Llimona a la Universidad de Murcia como profesor de Botánica para impartir clases en la segunda promoción de la recién implantada licenciatura. Mario empezaba a trabajar en su Tesis Doctoral y recuerdo verlo en los “cuchitriles” de la última planta de la antigua Facultad de Ciencias, situada en el edificio que hoy es el Aulario de la Merced, donde los profesores llegados de diferentes puntos de España para impartir las diferentes disciplinas biológicas se hacinaban en pequeños despachos y laboratorios. Durante esa etapa no tuve mucho trato con él, tan solo me lo cruzaba esporádicamente por los pasillos o lo veía trabajar de lejos cuando iba a consultar dudas o a colaborar como alumna interna de Javier Llimona.

No fue hasta mis dos últimos años de estudios universitarios, cuando realizaba ya la especialidad en botánica, momento en el que todo el profesorado se había trasladado al edificio que fuera Casa Cuna de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, en el Campus de Espinardo (cedido a la Universidad para ser ocupada para docencia e investigación), cuando tuve más trato con él. Mario asistía a algunas prácticas de criptogamia y, por supuesto, acompañaba a Javier Llimona en las excursiones con los alumnos, entre los que yo me encontraba. Mi relación con él se intensificó aún más al empezar a trabajar como profesora ayudante en la entonces Unidad de Botánica, cuando Mario aún realizaba su Tesis Doctoral. Recuerdo que ocupábamos, junto a otros compañeros, laboratorios contiguos en la parte de Criptogamia.

Una vez que nos trasladamos al edificio actual de la Facultad de Biología, cada uno ocupó laboratorios y despachos separados. Desde entonces, aunque trabajamos en espacios y diferentes líneas de investigación, siempre lo vi como un compañero y, por qué no decirlo, también como un jefe, ya que fue director de Departamento durante varios años una vez que nuestro progenitor científico, Javier Llimona, regresó a Barcelona.

Incluso pasados los años y con el devenir de los acontecimientos que la vida universitaria ha llevado consigo, siento que nunca perdí esa sensación de cierta complicidad con él, tal y como había sido en nuestros primeros años de dedicación a la investigación. Cuando pienso en Mario me

transporto a las excursiones otoñales que hacíamos para buscar y observar hongos, sobre todo las de Riopar con alumnos o a las Sierras de Ponce y Quípar como parte del estudio botánico conjunto que hicimos todos los miembros del Departamento. Nunca olvidaré su entusiasmo en el campo ante el descubrimiento de una especie rara de agarical, un mixomicete, o un gasteromicete, sobre todo si era de los Faláceos, ya que nos asombraban a todos con sus formas provocadoras, en una tierra en la que los hongos son apenas conocidos, y eran además objeto de la ironía de Mario y el sonrojo de algunas alumnas.

Son varias las cualidades que he admirado en Mario, pero las resumiría fundamentalmente en tres. En primer lugar destacaría su capacidad de entusiasmar a sus alumnos e involucrarlos en la materia que impartía; especialmente, me viene a la memoria como fue capaz de crear una gran escuela durante los primeros años que dio clases. Muchos de sus estudiantes realizaron Tesinas y Tesis Doctorales con él y no pocos son hoy investigadores/as prestigiosos/as o siguen de alguna manera relacionados con la micología. Un ejemplo del carisma y la estela que Mario ha dejado entre los estudiantes de Biología de la Universidad de Murcia es la iniciativa que, este curso 2015-2016 han tenido, ya que han impreso en las camisetas de las fiestas de San Alberto una frase que Mario repetía con frecuencia: “Todas las setas son comestibles al menos una vez en la vida”, un bonito homenaje que en mi opinión a todos los profesores nos agradaría que tuvieran con nosotros cuando ya no estemos.



La segunda cualidad que me parece digna de mención es cómo fue capaz de relacionar sus extensos conocimientos florísticos en micología con la creación de nuevas líneas de investigación aplicadas; ello le permitió conseguir financiación de muy diversas fuentes y que sus resultados hayan llegado a ser de gran interés para empresas e industrias. Y no solo se conformó con la transferencia de sus resultados al mundo empresarial, sino que creó incluso una empresa de base tecnológica en la Universidad de Murcia.

Para finalizar esta breve reseña, no quiero dejar de valorar la cualidad humana de Mario, un entusiasta profesional, que siempre supo valorar las cosas importantes de la vida y disfrutar de ellas.